

Identidades africanas

Alfred Bosch

Alfred Bosch es profesor de Historia de África en la Universitat Pompeu Fabra. Este artículo es un extracto reelaborado del libro del autor *La vía africana* (Edicions Bellaterra, Barcelona, 1999), versión castellana de la obra que obtuvo en 1996 el premio Joan Fuster de ensayo, y que fue publicada en catalán (*La via africana*, ed. Tres i Quatre, Valencia, 1997).

A veces, los dirigentes nacionalistas africanos –y los no africanos– nos recuerdan al excéntrico poeta griego de nuestro siglo, Sekilianos, que reivindicaba los poderes redentores de la lírica. Si los líderes africanos estaban convencidos de la magia de su poderoso discurso nacional, que sacaría a sus pueblos de la somnolencia, Sekilianos confiaba en la fuerza de la palabra armoniosa, capaz de hacer resucitar a los muertos. Un buen día, mientras el escritor griego estaba bebiendo en una taberna, le comunicaron que en la trastienda había un cadáver reciente, con el que podía ponerse a prueba. El poeta aceptó el reto, y se encerró durante un par de horas a recitar poemas junto al muerto. Volvió abatido, reconociendo el fracaso del experimento. El único comentario que se dignó hacer fue: «¡No había visto nunca semejante tozudez!».

La perseverancia de las sociedades africanas frente al canto de sirena del Estado-nación es también notable. Cuando Nkrumah predicaba: «Perseguid el reino político, y lo demás se os dará por añadidura», sin duda sospechaba que los akan, ashanti, eué, fanti y volta surgirían como un solo hombre de las tinieblas para dar vida a la República de Ghana. Debía de tener parte de razón, ya que, a diferencia de las víctimas de los experimentos esotéricos de Sekilianos, Ghana ha sobrevivido, poco o mucho, al paso de los años. La poética de Nkrumah y compañía no debía de ser tan vacua. Pero ni Ghana ni prácticamente ninguno de los jóvenes estados negroafricanos son hoy precisamente unos cuerpos llenos de vida y de entereza. El sentimiento nacional, supuestamente modernizador y de corte estatista, ha tenido que enfrentarse a la pervivencia de otras identidades francamente testarudas.

¿Ha fracasado el patrón europeo en África? ¿La maldición de los africanos es realmente el Estado-nación moderno? ¿O lo es el tribalismo y el partidismo tozudo? ¿Hay naciones genuinamente africanas? ¿En las sociedades subsaharianas se percibe, se vive y se realiza la identidad de manera distinta al resto del planeta? Si es así, ¿qué resultados históricos ha producido esta singularidad africana? ¿La postración de signo económico que padece hoy el continente se debe a una diferencia esencial con el mundo desarrollado, o bien se explica por la intromisión de patrones externos e inadaptados?

Como ocurre a menudo en el ámbito de las disciplinas humanísticas, las preguntas son más fáciles –y a veces más interesantes– que las respuestas. Los primeros interrogantes generan un montón de segundos interrogantes; éstos generan unos terceros, y así *ad infinitum*. En el más puro estilo socrático, acabamos reconociendo que no sabemos nada o que, a medida que desbrozamos las malas hierbas, vamos descubriendo las enormes dimensiones del campo de nuestra ignorancia. No trataré, pues, de emitir ningún veredicto definitivo. Por lo que respecta al objeto de análisis, simplemente apuntaré dudas e intentaré disipar malentendidos. África, las Áfricas, componen un paisaje demasiado rico y complejo como para embutirlo con calzador en un solo teorema, simpático y manejable.



En palabras de Ernest Renan, la nación es *alma y principio espiritual, la voluntad de vivir juntos*. Para Renan, teórico del nacionalismo francés, los grandes colectivos expresan su voluntad de vivir juntos a través de la unidad, y el Estado es el resultado natural de ello. De forma parecida se manifiestan Fustel de Coulanges y otros pensadores hijos de la revolución jacobina. Por mucho que se distinga entre nación y Estado, la aspiración es acabar confundiendo ambos, hacer de la ciudadanía un sinónimo de la nacionalidad, y construir un proyecto común donde los hombres libres se integren en un universo cultural y político supremo.

Se ha vertido mucha tinta a la hora de presentarnos dos estrategias nacionales diferentes en la Europa del siglo XIX. La estrategia francesa partía de una realidad plurilingüe, multicultural e incluso polinacional, que, a través de la centralización política y administrativa, lograba crear una sola comunidad cívica. Robespierre y Bonaparte forjaban la nación francesa desde el núcleo de poder franco, desde una Île-de-France antes versallesca y que de repente repartía libertad, igualdad y fraternidad, hasta ser aclamada desde los Pirineos a las Ardenas: el Estado precedía a la nación. En contraste, la estrategia alemana germinaba en unas sociedades homogéneas, monolingües, que construían su identidad política con retraso: la nación precedía al Estado germánico.

A la hora de la verdad, las dos estrategias no resultaban tan divergentes. Cuando Herder y Fichte recurrían a la metafísica para retratar el *Volksgeist*, el espíritu o alma del pueblo, no lo hacían surgir del vacío. Apelaban a episodios históricos de unidad germánica y reclamaban una nación centrada en el corazón prusiano, de larga tradición en el terreno de la realidad política. Cuando llegó el momento, Bismarck no edificó el Estado imperial desde la nada: lo hizo desde Berlín y esgrimiendo la voluntad colectiva, cercenando las profundas diferencias culturales que existían entre bávaros, renanos y determinadas minorías no germánicas. De esta galaxia germánica, supuestamente nítida, quedaron excluidos los austríacos, helvéticos, sudetes...; como en la patria común francesa, los valones, ginebrinos..., o como en las Hispanias, los galaicoportugueses del sur.

El Estado-nación moderno es el fruto de una época y de un segmento, poderoso pero particular, de la humanidad. Pese a crecer a ritmos diferentes, el invento obedece en esencia a procesos parecidos en todo Occidente. La imposición de un andamiaje administrativo central y la construcción de una identidad compartida convergen en el mismo punto. La Italia de Mazzini, a mediados del siglo XIX, no es un complejo nacional más homogéneo que la Francia prenapoleónica. Ciertamente, los panlatinos itálicos no se enfrentaban a tumores tan excéntricos como padecían los panlatinos gálicos (bretones, vascos o alsacianos). Pero contaban con una península y unas islas llenas de disidencias *patois*, igual que los franceses (e igual que los panlatinos ibéricos). En todo caso, la distinción entre naciones lingüísticas y regiones dialectales se convertía, en el conjunto del degradado románico, en materia de disputa.

Lo que no se disputaba ni en los complejos europeos meridionales ni en los septentrionales era la necesidad de agruparse en un Estado unitario. Tampoco se cuestionaba la progresiva participación de los ciudadanos en un marco constitucional de deberes y derechos. El sufragio universal tardaría en llegar a algunos Estados de la vieja Europa, pero el camino de la democracia quedaba ligado, desde la revolución francesa y —en buena parte— también desde la inglesa de Cromwell, a la noción de un contrato entre súbditos y gobernantes. Curiosamente, la libertad reencontrada no ofrecía el margen suficiente para determinar lo más importante, que era la rendición al último grado de la soberanía, la condición nacional. No hacía falta consultar lo que para algunos era intocable: la nacionalidad clónica de los ciudadanos dentro de un mismo Estado.

El patrón occidental tendría su expresión más pura en los experimentos americanos. Jefferson, Bolívar o Martí se proclamarían nacionalistas, demócratas y constitucionalistas. Los

programas nacionales diseñados por las elites criollas, supuestamente concebidos para espacios vírgenes o *terrae nullii*, disolvían las diferencias derivadas de la inmigración europea y menospreciaban las de la resistencia indígena. Estado y nación también se fundían allí en una misma cosa. Y los modelos federales americanos respondían más a la voluntad de llegar a una participación genuina –lo más próxima al ciudadano posible– que a verdaderas distinciones de identidad. Las disidencias eran aplastadas por las armas, ya fuera en Río Grande do Sul, en Quebec o en la Confederación *Dixie*.

Hasta el siglo XX el concepto de autodeterminación de los pueblos no se incorporó al discurso político convencional. Y se aplicó a situaciones que se consideraban semicolonias, en el centro y el este de Europa. El nacionalismo de Estado volvía del Nuevo Mundo, de la incorruptible mano del presidente Woodrow Wilson, y proponía corregir un mapa imperfecto. Los imperios derrotados habían de ceder el paso a nuevas naciones, basadas en comuniones de lengua y cultura. A través de referendos y plebiscitos, la población tenía que decidir qué Estado le apetecía más. La libre elección del marco de soberanía, que nunca se había aplicado en el caso de los Estados atlánticos, era generosamente concedida a las naciones de la Europa oriental. Se celebraron consultas para diseñar las patrias de alemanes, polacos, húngaros, rumanos... Para asegurar la viabilidad de las nuevas criaturas, en ciertos casos se apostaba por uniones plurilingües, como los inventos paneslavos de Checoslovaquia, Yugoslavia o la Rusia poszarista. Pero la esencia de la doctrina se mantenía: una nación, un Estado.

Este era –y sigue siendo todavía– el patrón dominante en Occidente. Evidentemente, eso no quiere decir que su aplicación haya sido armónica y haya estado exenta de conflictos. En cierto modo, ha sido la causa principal de las lamentables oleadas de violencia que ha padecido el mundo contemporáneo. Las grandes guerras europeas han nacido de colisiones frontales entre Estados-nación, gestadas por la explosiva combinación entre la exaltación demagógica de una identidad excluyente y los recursos de un estado fuerte. Cuando una comunidad cultural ha querido repudiar su sometimiento a un estado, ha tenido que recurrir por la fuerza a la reproducción de su propio aparato soberano. Ese ha sido el caso de los irlandeses, forzados a perseguir la independencia política porque era la única vía para vivir cómodamente su singularidad. Durante muchos años, vascos, catalanes, corsos o flamencos se debatieron en un terrible dilema maximalista: o bien entregaban sin paliativos su soberanía a los respectivos Estados, o bien la afirmaban creando un Estado nuevo a su medida.

Por supuesto, se trata de un espejismo eurocéntrico. En otras latitudes, la bandera del Estado-nación ha significado un simple barniz sobre realidades mucho más arraigadas, un camuflaje que ha obtenido un mayor o menor predicamento, pero que no ha logrado desplazar a otras formas de pensar la identidad y de expresar la soberanía. Frente al patrón europeo, se ha conservado una vía asiática, tocada por el colonialismo, pero aún lo bastante vigorosa como para revivir hoy bajo diversas formas. Ante la comunidad internacional, en los foros mundiales, los grandes complejos políticos de Asia han adoptado la máscara del Estado-nación occidental. Tanto China como Japón o la India tienen una sola butaca en las Naciones Unidas, y en el derecho internacional son equiparables a Francia, Polonia, Grecia o cualquier otro Estado. Pero ¿estamos hablando realmente de entidades comparables?

En el Extremo Oriente, las tradiciones imperiales milenarias han gestado aparatos de Estado distintos a los europeos. El Japón de los Meiji, o las administraciones precoloniales coreanas, chinas, thai, khmer y annamitas, no pretendieron nunca justificarse a través de la voluntad popular. No se trataba de un simple rechazo a la democracia formal: la distinción iba más allá, al situar la soberanía muy lejos del espíritu nacional o de la unidad cultural del pueblo. La legitimidad se asociaba

En otras latitudes el Estado-nación no ha desplazado otras formas de pensar la identidad y de expresar la soberanía.

a la vocación imperial, a una dinastía concreta rodeada de una poderosa ingeniería burocrática. Seguramente el mandarinato caía bajo el control de una etnia central y mayoritaria; pero su sentido último era la preservación del poder público, de un orden colectivo y de una disciplina nada individualista que se rendía a las razones de Estado.

El Estado, pues, era el centro de atención, y su defensa frente a enemigos internos o colonizadores externos— pasaba por delante de cualquier otra prioridad. Al caer o reformarse los imperios, el Estado mantuvo esta posición central en las sociedades orientales. Sun Yat-sen, Chang Kai-shek, Mao Zedong, Hô Chi Minh, o incluso Hiro-Hito, fueron, antes que grandes nacionalistas, grandes estadistas. En China, la idea de nación es un invento relativamente reciente, un tanto mimético de nociones extranjeras, e incubado en períodos de sumisión a potencias foráneas. La salvación del país, la noción de *jiuguo*, pretende, en primer lugar, preservar las fronteras del Estado; y la identidad colectiva se pierde, según las épocas, en concepciones de ciudadanía, raza o clase.

Curiosamente, el propio término para definir el país, *China*, es un nombre extranjero. Tradicionalmente, los chinos no han dispuesto de una palabra para definir su comunidad nacional, para describirse a sí mismos. Sun Yat-sen sentenció, hábilmente, que no hacía falta dicho término, ya que nación y Estado eran una misma cosa. Pero este argumento nos hace dudar seriamente de la existencia de una nación tal como la entendemos en Occidente, como un alma en pena que busca su cuerpo, y que puede encontrarlo o no. En cualquier caso, nos hallamos ante una nación que no necesita procurarse un Estado a medida, o reclamar el consenso de sus ciudadanos, porque *ya es* Estado. De hecho, en episodios de fragilidad y de agresión externa, el peor temor de los dirigentes chinos no fue tanto la fragmentación o disolución de la identidad colectiva como la muerte del Estado (*wang guo*). En este punto parece ser que convergieron imperiales, republicanos y comunistas, y a la hora de la verdad sus principales esfuerzos se encaminaron a fortalecer el aparato de poder heredado. Tal como afirmaba hace poco el intelectual Fang Lizhi: «En este contexto, el patriotismo ciertamente no significa amar tu lugar de origen, tus ríos, tu tierra o tus ciudades: quiere decir amar el Estado.»

La vía asiática podría hacerse extensible, con muchos matices, al subcontinente indio. Ya sabemos que Hegel escribió, en la *Filosofía de la historia*, que China no era más que un estado, mientras que la India no era más que un pueblo, despojado de Estado. Ahora bien, no se puede decir que la tradición imperial india, tanto bajo los kanatos y los principados indios como bajo la dominación británica, fuera insignificante. La preservación de un paraguas administrativo en la zona, por encima de un mosaico pluriétnico, constituyó una fuerza importante hasta la retirada de los ingleses. Y en 1949 los británicos dejaron, en esencia, el legado de una notable red burocrática y de comunicaciones centralizada. Incluso el llamado nacionalismo de Gandhi, traducido por el pandit Nehru en la noción de la Madre India (*Bharat Mata*), apelaba a un estatismo que pretendía, con resultados irregulares, pasar por encima de la identidad cultural o religiosa.

En contraste, en el África subsahariana los aparatos de Estado no gozaron nunca de una especial buena salud. Ello no significa que antes del reparto europeo las jerarquías, los excedentes y las estructuras de poder político se hallaran ausentes. Sería ceguera no admitir hoy la presencia de reinos extensos y centralizados, ciudades imperio y culturas políticamente sofisticadas en el África precolonial. Bajo el *negus* abisinio, el *monomatapa*, el *oba* de Benín o el rey de Malí, algunos africanos pudieron soportar episodios esplendorosos de monarquías políticamente evolucionadas. A continuación, el contacto con el universo islámico y con el occidente cristiano produjo, antes de la ocupación europea, un montón de focos de poder estables. En ningún caso, sin embargo, surgieron estados unitarios, con fronteras definidas, una capacidad de coerción general y la aspiración a una sola identidad compartida.

Así pues, hasta el siglo XIX la opción africana se situaba en las antípodas de la asiática, y quizás incluso de la que se había extinguido en la América precolombina. El paisaje parecía más cercano, sin duda, a la Europa de la Edad Media, y no ha faltado quien se aventurara a comparar la Etiopía clásica o la Buganda del *kabaka* con el feudalismo europeo. El paralelismo resulta un tanto atrevido, y no es seguro que ayude a la comprensión de estas sociedades clásicas africanas. En cambio, lo que no ofrece ninguna duda es que los colonos europeos, en su contacto con los pueblos negros, se llevaron las manos a la cabeza por el bajo pedigrí político-administrativo de éstos. Inquietos ante el caos cartográfico, nuestros tatarabuelos blancos se reunieron, en 1884, en Berlín, y se apresuraron a plantar apéndices de estados que eran, al fin y al cabo, relativamente recientes en la Europa atlántica. Esto podría explicar, por una parte, la obsesión de los europeos por aplicar la regla y la escuadra al mapa africano, y, por otra, la relativa rapidez con la que se impusieron las nuevas demarcaciones. Era el espejo que reflejaba la inseguridad del aprendiz que quería ejercer como maestro.

Rudy Burckhardt
Marruecos, 1955



No se puede decir con propiedad que el colonialismo injertara el Estado-nación en África. Jurídicamente, las colonias dependían de los gobiernos metropolitanos de París, Londres o Bruselas. La idea clave del nacionalismo del siglo XIX, por tanto, se negaba: los pueblos africanos no podían delegar su soberanía en nada, puesto que no se les reconocía dicha capacidad. Otros preceptos, en cambio, sí penetraron y prepararon el camino a la que parecía la gran promesa africana, el despertar

—a la sazón contemplado con cautela y una perspectiva distante— de docenas de nuevos Estados nacionales. El más elemental de estos preceptos era el de los límites territoriales. Las fronteras marcaban el alcance del poder administrativo, acotaban la recaudación de impuestos, las políticas de enseñanza o el uso de una determinada lengua oficial.

La territorialidad de la ciudadanía constituía la base del nacionalismo moderno. Se intentaba que el sentimiento de pertenencia se refiriera al lugar de residencia y a otros factores de adscripción (lengua, religión, clase), al menos en teoría. Los elementos involuntarios de la identidad (biología, orígenes, sexo) pasaban a un segundo plano. En las colonias francesas, a partir del legado de las comunas emancipadoras del Senegal, se propuso un proceso de asimilación que fabricaría pequeños franceses de piel oscura desde el cabo Blanco hasta Madagascar. La ley marco y la comunidad francófona propuestas por De Gaulle a finales de los cincuenta habían de extender la ciudadanía francesa a los trópicos, sin más condición que vivir bajo la tutela de París. Sin embargo, por suerte o por desgracia, los líderes africanos declinaron la oferta y se embarcaron en la consagración de una territorialidad más parroquial. Los Senghor, Houphouët-Boigny, Touré y Keita de la primera época estaban hasta la coronilla del imperio. Querían sus Estados-nación, por reducidos que fueran y por balcanizados que estuvieran.

A veces se ha confundido la lucha por expulsar a los amos blancos —que, sin duda, constituyó el impulso principal de las descolonizaciones— con el anhelo de construir naciones nuevas. Que las sociedades africanas tuvieran claro que querían gobernarse por sí mismas no significaba, ineludiblemente, que quisieran hacerlo como ghaneses, burkineses o centroafricanos. Pero las elites nacionalistas de las colonias, educadas en Europa, habían interiorizado el modelo político

imperante; y habían asumido como propias las divisiones coloniales diseñadas por las cancillerías occidentales. Para ellas, la libertad pasaba ni más ni menos que por el diseño de Estados-nación reconocidos y respetados en el contexto mundial tanto como lo eran sus conquistadores. Hasta el punto, antes y sobre todo después de la independencia, de negar realidades étnicas evidentes que molestaban, que no ligaban con la cartografía homologada y que suponían un obstáculo a tan deslumbrante proyecto.

Un buen número de académicos europeos, así como africanos, contribuyeron a difundir la ingenuidad de que el tribalismo había sido un invento perverso de los misioneros y antropólogos a sueldo del imperialismo. Haciendo el juego a los nuevos estadistas, que pretendían afirmar discursos nacionalistas híbridos, optaron por desprestigiar o simplemente borrar aquellos sentimientos de identidad que no encajaban con las supuestas naciones africanas. Por descontado, los colonos habían aprovechado las diferencias entre africanos para imponer su *divide y vencerás*. El ejemplo extremo, y un tanto excepcional, había sido el de la bantustanización en Sudáfrica. Los supremacistas europeos habían manipulado, habían provocado enfrentamientos, habían colaborado con algunos pueblos en detrimento de otros. A lo largo del proceso, los sentimientos de pertenencia atávicos habían evolucionado; unas veces se habían crispado y otras se habían diluido.

Pero el principal instrumento de sujeción de las sociedades africanas había sido la administración colonial. A través de ella se había desplegado la coerción física, económica y cultural. El invento colonial por excelencia, pues, no había sido el mosaico étnico; había sido el mapa político: las fronteras coloniales definían la fuente de autoridad, la lengua impuesta, el sistema fiscal aplicado, e incluso el bando que los africanos tenían que apoyar en las grandes guerras blancas. Y las fronteras de la independencia serían prácticamente idénticas a las de la dependencia. A partir de los años cincuenta, la emancipación de los africanos comportó la recuperación de la soberanía política, pero bajo unas normas y unos patrones definidos por los europeos. Parecía que no habría una vía africana específica. Parecía que la vía occidental, con el Estado-nación en el equipaje, había desembarcado en África para quedarse. Pronto se comprobaría que dicho equipaje era, cuando menos, escaso.

La pereza cartográfica provoca inercias poderosísimas. A primera vista, se diría que el ideal del siglo XIX europeo se ha impuesto en todo lo largo y ancho del mapamundi. Cada Estado exhibe sus símbolos, su moneda, su jefe de Estado y su discurso nacional como atributos de su integridad territorial y como elementos depositarios de su soberanía. Cada uno de estos entes es aceptado, en el derecho internacional, como un país independiente, con su bandera, su gobierno, su butaca en la ONU y sus fronteras. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el planeta contaba con apenas cincuenta estados. Hoy, las Naciones Unidas acogen cerca de doscientos. Para algunos, esta proliferación de soberanías puede significar el éxito del patrón dominante. Pero la propia inflación de Estados, que necesariamente proviene de fisiones —y, a veces, de fusiones—, demuestra el carácter voluble, superficial y coyuntural del Estado-nación.

Basta profundizar un poco en la epidermis oficial para advertir que las formas han evolucionado por una parte y las realidades se han decantado por otra muy distinta. Incluso en la vieja Europa, la integración de ciudadanía legal y sentimiento de pertenencia en una sola cosa resulta más que precaria. A pesar de varios siglos de ingeniería nacional, ni siquiera en la vertiente atlántica —donde se gestó el modelo— hallamos ejemplos indiscutibles de Estado-nación. La reivindicación de raíz lingüística y cultural ha hecho rebrotar en todas partes, por debajo, autenticidades que ya se creían enterradas; el proceso de Unión Europea ha replanteado, por encima, el poder supremo de los estados; y las tendencias racistas o xenófobas han amenazado los principios territoriales

y voluntarios de la ciudadanía colectiva. El viejo modelo chirría, pero el nuevo no puede acabar de nacer, porque la realidad de los viejos Estados es aún demasiado sólida.

Si la vía clásica ha temblado en la Europa comunitaria y en las Américas, en el antiguo pacto de Varsovia el trastorno ha parecido un auténtico terremoto. La disolución, pacífica o violenta, de Yugoslavia, Checoslovaquia o la URSS, combinada con la reunificación de Alemania, ha insinuado que los cimientos de los Estados eran enormemente volátiles. La pereza cartográfica se ha visto removida, alterada y sacudida desde la caída del muro de Berlín. O bien la *voluntad de vivir juntos* de Renan es susceptible de cambiar de la noche a la mañana, y –en consonancia– pierde buena parte de su valor histórico, o bien ésta nunca ha coincidido del todo con ciertas fronteras políticas, y, por tanto, sigue buscando el ajuste.

En los debates sobre Bosnia o la antigua URSS, los intelectuales de la izquierda jacobina han dedicado unas energías preciosas a estigmatizar a los nuevos nacionalismos disgregadores. La crisis de las grandes ideologías –y, sobre todo, de la principal doctrina alternativa, el socialismo llamado real– ha aflojado la cola que mantenía unidos a los complejos estatales del este europeo. El angustioso vacío ideológico, por una parte, y el resurgimiento de identidades adormiladas, por la otra, han dejado huérfanos a quienes se consolaban con la existencia de una galaxia anticapitalista –por mucho que no siempre la aplaudieran– y menospreciaban los hechos diferenciales que se incubaban en su interior. La estupefacción resultante ha creado reacciones un tanto viscerales, respuestas airadas contra la balcanización y la amenaza de la etnicidad excluyente. Si los descontentos hubieran prestado más atención al proceso, quizás no se habrían alarmado tanto.

De hecho, la evolución política de la Europa occidental no ha supuesto ninguna amenaza a la concepción establecida, occidental, del Estado-nación; en cierto modo, ha sido su confirmación. Se han levantado nuevas fronteras y se han derribado algunas viejas. Se ha demostrado que las criaturas políticas no eran eternas –todo el mundo lo sabía– y que el sentimiento nacional no era inmutable –todo el mundo lo podía haber imaginado–. Pero lo que han hecho los lituanos, eslovacos, croatas o armenios no ha significado ninguna revisión de fondo de las tesis dominantes: todos ellos, sin excepción, se han desvivido para conseguir una butaca en la ONU. Les ha faltado tiempo para acuñar moneda, formar equipos deportivos nacionales y aplicar medidas de contención a las respectivas minorías étnicas.

No debe verse en estas líneas la menor intención de infravalorar procesos legítimos. Únicamente quisiera apuntar que la ruptura ha resultado menos revolucionaria de lo que aparentaba. Los nuevos Estados-nación han acabado siendo poco más que eso: nuevos Estados-nación. Es decir, han asumido el antiguo patrón como válido, entendiendo simplemente que en algunos lugares se había aplicado mal. El descalabro de los años noventa en Europa, por espectacular que pudiera parecer, no ha pretendido manifestar otra cosa que un amplio movimiento correctivo para volver a la recta vía del siglo XIX. Se ha recuperado el Estado-nación, se ha consagrado y se ha administrado en sagrada comunión.

La opción asiática apenas sintió el impacto de los ladrillos que caían en Berlín. En el episodio de Tiananmen pesó más el pánico a la muerte del Estado –el *wang guo*– que el temor a la impopularidad, y el sueño degeneró en pesadilla. Algunos fragmentos del antiguo muro salieron disparados hacia Asia central, donde las cinco antiguas repúblicas soviéticas consiguieron la soberanía política casi a pesar suyo. Ahora bien: ¿hasta qué punto podían afectar estos fenómenos, resultado de una onda expansiva europea, a la fortaleza de los centros burocráticos, marciales y omnímodos de Oriente? El tiempo parece indicar que tibetanos, uigures, tamiles o sikh tendrán que armarse de paciencia e imaginar que la sumisión a los respectivos imperios va para largo.

No era este el caso del África negra, donde las revisiones animadas por la *perestroika* se conjuraban con procesos endógenos que ya se cocían desde hacía tiempo. El final de la guerra fría había espantado las tutelas, había desactivado los discursos ideológicos y había dejado a los africanos más solos que nunca. El baile de fronteras en la Europa del este había planteado de nuevo la revisión, siempre pendiente, de los Estados poscoloniales. Y la precariedad material de las economías africanas había revelado, con sensacional claridad, la debilidad de los Estados-nación subsaharianos. La crisis –crisis en el sentido más estricto de encrucijada histórica, pero también de depresión general– abrió las puertas al afropesimismo y al asalto a la herencia del colonialismo.

Al fin y al cabo, el Estado-nación africano había estado marcado, desde su creación, por una crisis continuada. Demasiadas esperanzas, demasiada confianza ciega, habían acompañado a la construcción de aparatos independientes. El modelo unitario y homogéneo había acabado imponiéndose en experimentos federales, tanto en contextos macrorregionales como en la mayoría de constituciones nacionales. El panafricanismo fue enterrado en el ataúd de la Organización de la Unidad Africana (OUA), víctima de una cincuentena de razones de Estado. Se anatematizó a las tribus y las etnias, y las demandas de autonomía fueron ignoradas. La incompreensión y el rechazo llevaron a interpretar los procesos de Katanga, Biafra u otros movimientos secesionistas como simples maniobras neocoloniales. La receta de la crisis estaba servida.

El error de juicio era, y sigue siendo, muy atribuible a un amplio abanico de iluminados. Los estadistas africanos tuvieron su parte de culpa: los Senghor, Nkrumah, Lumumba, Hailé Selassié o Houphouët-Boigny, que hoy tienen sus dignos sucesores en los Kabila, Diouf, Moi, Obiang... También los académicos africanos compartían con los anteriores cierta afinidad por la supremacía de la nación híbrida de signo unitario; podemos destacar a Ki-Zerbo y Joseph Ajayi, pero podríamos incluir a muchos más, entre ellos a un montón de surafricanos de tendencia izquierdista. Y los abogados de la etnofobia al norte del Sahara, como Samir Amin, Claude Meillassoux o Jean-Loup Amselle, arrastraron el sentimiento étnico, sin compasión, hasta llevarlo a territorios próximos a la xenofobia y el racismo. Algunos lanzaron el tribalismo al saco de la trivialismo; otros, al del tremendismo.

Pero la realidad no tardó en pasar factura. La inflexión afropesimista de los ochenta hizo evidente el hecho de que tanto el Estado como la nación –por no hablar de una pretendida combinación entre ambos– estaban gravemente enfermos. Las estrecheces materiales de los mercados africanos, que se extendían a los presupuestos públicos, hipotecaban la traducción palpable, así como el concepto, de la ciudadanía. La función redistributiva del Estado no daba lo bastante de sí, y la expoliación de las arcas públicas se convertía en un deporte especialmente feroz y competitivo. Una serie de autores se decidieron a retratar la crisis imperante. Algunos hablaban de africanización de la política (Chabal); otros, de depredación sometida a la *política del vientre*. El nepotismo, la corrupción, la sinecura (O'Brien, Bayart, Joseph) dejaban de ser defectos derivados de un funcionamiento defectuoso para convertirse en leyes del paisaje político aceptado.

Pese a todo, sin embargo, el Estado sobrevivía, aunque fuera bajo la forma raquítica y desnuda de los *cuasi-estados* (Jackson). Peor lo tenía la segunda parte de la ecuación: la nación. La lluvia homogeneizadora había caído en tromba, venida del norte, y no había logrado borrar las manchas del viejo leopardo. Otro conjunto de autores centraron su denuncia en el esfuerzo de construir naciones –que habían de encajar nítidamente con las fronteras coloniales– por encima de los cadáveres de otras identidades. Davidson, Coulon, Cahen o Iniesta recuperaban la respetabilidad de los antiguos sentimientos de pertenencia, y los colocaban a la altura moral, como mínimo, de los modernos nacionalismos de Estado. La identidad no había de tener jerarquías, ni tampoco prioridades históricas; en todo caso, podía expresarse en manifestaciones distintas según el tiempo y el espacio.

Si el diagnóstico resultaba complejo, aún lo era más la receta. Los aparatos de Estado –tocados, pero no hundidos– no desaparecían del mapa africano. Tampoco parecía, en general, que se encaminaran a una fragmentación o refundición para adaptarse al rompecabezas de los pueblos pre-coloniales. Y estos últimos, que reaparecían con fuerza y legitimidad, no mostraban especial premura por constituir sus propios Estados: de hecho, parecían resignados a convivir con los nacionalismos híbridos y capitalinos que, pese a su evidente fracaso social, tampoco acababan de morir. No se anunciaba ni una imposición del patrón europeo del siglo XIX, ni un retorno a formas antiguas. De hecho, la auténtica vía africana –el camino a la traducción política de la identidad– pasaba por una síntesis o convivencia abigarrada de ambas cosas.

Obviamente, dicho proceso no había sido descubierto por los estudiosos del tema. Tampoco había nacido de la perspicacia de ciertos estadistas africanos. Como es natural y habitual, la propia sociedad se había anticipado y había buscado un punto de equilibrio sobre el terreno. La mayoría de los regímenes africanos, los que pretendían gobernar con un mínimo de serenidad, habían adoptado ya poco después de la independencia sistemas de gestión realistas. Más allá de los discursos oficiales, de la legalidad constituyente, la conciliación entre grupos había pasado a ser la práctica común. Había sido la observación sagaz de esta evidencia establecida la que había permitido a Rothchild, por ejemplo, hablar de los usos de intercambio hegemónico. El Estado central renunciaba a imponer una autoridad y unos sentimientos nacionales a costa de sangre y fuego: se convertía en árbitro de reclamaciones étnicas diversas y, de ese modo, regulaba la rapiña y el patrimonio común.

En todo caso, lo que llegó con retraso fue la comprobación de esta obviedad. Y todavía tardó más en aparecer, en casos contados, el reconocimiento legal de la realidad. Podemos destacar tres ejemplos de aparatos políticos que, a partir de un momento determinado, intentaban responder al impulso consociativo de sus respectivas comunidades. En caso necesario, el poder se pactaría entre los grupos étnicos implicados. Las reformas aplicadas en Nigeria desde el momento de la descolonización, y en Etiopía y Suráfrica mucho después, trataban de corregir obstinaciones históricas –de diverso signo– y de plantear modelos de Estado imaginativos para colectivos plurales. Mejores o peores, los tres experimentos descritos constituían esfuerzos para superar la salsa mahonesa del Estado-nación, que a menudo se cortaba. Los dirigentes nigerianos, etíopes o surafricanos eran conscientes de que la salsa unitarista y jacobina del Estado-nación moderno no había cuajado. Tenían que encontrar otra.

Nigeria había inaugurado su soberanía política de forma excepcional en el marco africano. Su sistema de cuotas constituía, ya en 1960, un singular ensayo de estilo consociativo. Pero la trinidad dominada por los hausa, los ibo y los yoruba se había mostrado altamente explosiva, basada como estaba en una distribución desequilibrada de recursos humanos y materiales, y había llevado directamente al paroxismo de Biafra. El peso demográfico del norte y el peso económico del sur –sobre todo gracias al petróleo– situaba a los tres grandes grupos sobre un barril de pólvora. A ello se añadía la frustración de las minorías, que se sentían manipuladas y que incidirían decisivamente en el resultado de la guerra de 1967-1970. La superación del conflicto se basó en el soborno masivo de los descontentos, un modelo caro y corrupto que supuso desvirtuar el federalismo.

Con sus treinta estados actuales, y con la perspectiva de cuarenta estados en un futuro próximo, Nigeria sigue haciendo experimentos. Mientras la estrategia parta de gobiernos de dudosa legitimidad, dirigistas y propensos a la compraventa de favores, no parece que se pueda establecer una pauta estable. El diseño territorial siempre responderá más a pactos entre oligarquías que a acuerdos entre portavoces reconocidos de las comunidades afectadas. Siempre habrá colectivos excluidos: hoy los ogoni; mañana otros. La confianza excesiva en soluciones materiales que no llegan al

La salsa unitarista del Estado-nación moderno no había cuajado.

hombre de la calle y en el *café para todos*, que sólo lo es para unos cuantos, no augura nada bueno. Como decía Ken Saro-Wiwa, en Nigeria se está produciendo una *bastardización* del federalismo, puesto que el poder no trata de acercarse al ciudadano ni de reflejar hechos diferenciales. Como mucho, abre juego dentro de la casta militar y empresarial dominante.

La reforma del Estado etíope, más reciente y fruto de un largo y amplio movimiento militante, parece algo más cándida. Los equilibrios y los compromisos absolutistas del imperio fueron descuidados, primero, por Hailé Selassié y, después, por Mengistu. La única ocupación colonial efectiva, en este caso, fue la de los italianos durante cinco años escasos. Por lo tanto, no se puede hablar de herencia colonial directa; pero el propio negus y su sucesor marxista se convirtieron en alumnos aventajados de la escuela unitarista y modernizadora llegada de Europa. La influencia diplomática y económica de Occidente, sumada a un particular colonialismo interno, compensó con creces este curioso déficit del estatismo importado.

La defenestración de Mengistu en los noventa, a manos de la coalición etno-periférica de Meles Zenawi, implicó una auténtica revolución copernicana en la concepción del Estado. El corazón amhara dejó de latir como núcleo del sistema, y pasó a ser un astro más. Algunos observadores señalaron la trascendencia de la secesión de Eritrea; pero, en el fondo, se trataba de un episodio bastante convencional y coherente con la trayectoria del África poscolonial. Eritrea no hacía otra cosa que recuperar su estatus previo a 1952, redibujando las fronteras anteriores. Al crear su propio Estado y al reprimir la expresión de las diferencias étnicas internas, el nuevo régimen eritreo abonaba la vía clásica europea. Así pues, al reproducir los procesos de la antigua Yugoslavia o de la antigua URSS, por parte eritrea no se adivinaba innovación alguna: se seguía venerando al Estado-nación como solución final. Y tal como se comprobó en 1998, se seguía recurriendo a la guerra para dirimir litigios con Estados vecinos.

Era en el resto de Etiopía donde se advertía una metamorfosis de efectos imprevisibles. Las naciones, nacionalidades y pueblos entraban en la constitución por la puerta grande, ungidas del derecho a la autodeterminación. El dominio cultural y político amhara era barrido, primero, por la fuerza de las armas y, a continuación, por el peso del electorado. Al mismo tiempo, y contra los pronósticos alarmistas de los nostálgicos amhara y de los analistas externos, el Estado etíope no desaparecía del escenario. Eso no significaba que entre los oromo, los tigré o los somalíes no se incubaran tentaciones separatistas. Pero se cerraba un compromiso prometedor y aparentemente avalado por una buena parte de la población, dispuesta a convertir el universo abisinio en una instancia de arbitraje, en un sistema consociativo plural. Era imposible saber si la confederación legal se traduciría en una respetuosa confederación de identidades y de poderes, o si se fragmentaría en docenas de estados independientes a la moda eritrea. En principio, la atrevida criatura de Zenawi aguantaba, lo que no era poco.

En el extremo meridional del continente, los pronósticos apuntaban a un proceso exactamente inverso. El divisionismo étnico, en la Suráfrica del *apartheid*, había generado una lógica reacción unitarista de la oposición negra. Después de veintisiete años de presidio, Nelson Mandela resurgió apostando por la nación de todos, la que superaría cualquier barrera racial, cultural o

Shewa Gimira
Calle principal del pueblo,
Etiopía



social. No obstante, a lo largo de las conversaciones para construir el nuevo sistema político se produjo una discreta revisión de los planteamientos jacobinos en el seno del Congreso Nacional Africano (ANC). Los negociadores de esta formación advirtieron a tiempo que la manipulación étnica de los supremacistas blancos, por perversa y mezquina que fuera, no dejaba de basarse en determinadas realidades profundas, tal como corroboraría la colisión con los autonomistas zulúes del Inkatha y con diversos grupos de afrikaners irredentos.

Con ciertas dificultades, Mandela y los suyos admitieron que había una diferencia fundamental entre la afirmación de identidades inmutables, biológicas y sanguíneas (basadas en la raza o en los orígenes) y la de identidades electivas (basadas en la lengua, la religión o el lugar de residencia). En el fondo, la condición global surafricana también se basaba en factores opcionales, y la construcción de una nueva y generosa nación pasaba más por la voluntad de ser que por una serie de constantes inalterables. El pacto de la nueva Suráfrica, pues, apuntó hacia la reforma del Estado sobre bases territoriales y culturales, y no genéticas. Nueve provincias autónomas habían de salvar la sagrada ciudadanía surafricana, ofreciendo un importante margen para reconocer los hechos diferenciales.

Como en el caso de Etiopía o de Nigeria, la supervivencia del Estado estaba asegurada. Lo que no quedaba tan claro era el futuro de la aclamada y elogiada nación surafricana. El pedigrí de ésta era considerable: probablemente la nación híbrida e incolora del ANC era la menos utilitarista y la más progresista y poderosa de África. Y, con el acceso al poder de Mandela, llenaba un vacío que el *apartheid*, empeñado en construir un país blanco, nunca había podido llenar. Pero no pasaba de ser la expresión de un deseo, una necesidad de afirmación que había de competir, poco o mucho, con otros sentimientos de pertenencia. La legislación semifederal de 1994 era una traducción práctica de esta correlación de fuerzas, y, como tal, se convertía en una refres-



cante novedad en el marco africano, que se añadía a las ya citadas.

La lección de los años noventa, en África, era que la supervivencia del Estado pasaba por el hecho de amoldarse a realidades plurales. El esquema devolutivo tenía muchas posibilidades si los proyectos etno-federales evitaban las normas biológicas, como en Ruanda, Burundi, Liberia o la Suráfrica del *apartheid*, y asumían su territorialización. Es decir, si las diferencias incluían cartas de ciudadanía y eran reconocidas e incorporadas por la autoridad central como realidades variables, evolutivas y, hasta cierto punto, coyunturales. Si quienes vivían y trabajaban en tierras de Oromia, Yorubaland o el Kwazulu podían escoger ser oromo, yoruba o zulúes; pero también si cualquiera de estas opciones no excluía la pertenencia a una identidad etíope, nigeriana o surafricana; y ello, ya fuera en el imaginario de una misma persona –los huma-

nos podemos llegar a ser muy esquizofrénicos, y ello no es necesariamente perjudicial—, ya fuera en la existencia de un colectivo que se sintiera *sólo* etíope, nigeriano o surafricano. En suma, si se admitía la identidad como rasgo electivo alterable.

Con esta generosidad de miras, los Estados podían dejar de ser instrumentos de coerción colectiva, de sentimientos forzados o de barreras infranqueables, para convertirse en escenarios de concertación. En consonancia, para afirmar la diferencia ya no sería necesario recurrir ni al separatismo ni a la exclusión. La salvaguardia a toda costa de los Estados existentes, su destrucción o multiplicación, perdía atractivo. Tal vez —sólo tal vez— las fronteras legadas por los colonizadores se podían preservar. Si los Estados ya no habían de encajar, al precio que fuese, con la nación única e indiscutible, ello significaba que se podían reformar. Y si se podían reformar, se podían salvar. Sólo hacía falta respetar la pluralidad, sancionarla, y procurar que los recursos se distribuyeran con tacto.

Esta nueva vía que se insinuaba poderosamente en el África negra era producto de un largo ciclo histórico. Tenía profundas raíces y venía de lejos, pese a que había tardado en manifestarse explícitamente en el ámbito político oficial. En pocos años, prometía pasar por delante de la evolución que los supuestos Estados-nación de la Europa atlántica no se decidían a consumir. El autonomismo o el federalismo no eran inéditos en ningún continente, pero al sur del Sahara estaban a punto de enlazar con un amplio proceso de revisión que, en algunos lugares, resultaba ciertamente espectacular y revolucionario. En cierto modo, la receta siempre había estado presente, adormecida y camuflada, en realidades mal reprimidas y bajo la coraza de discursos nacionales mal represores. Cerca del final del milenio, los Estados africanos, demasiado sólidos para desaparecer, se revelaban también demasiado frágiles para subsistir sin cambios. La gran novedad, lo que más cambiaba sin que lo pareciera en absoluto, era la transformación de los conceptos de soberanía, ciudadanía y Estado; transformación que no se estaba forjando en las montañas dálmatas, en la península de Crimea o en los valles transcaucásicos, sino más allá del Sahel.

No hace falta decir que los jacobinos etnófobos volvieron a errar el tiro. Y lo hicieron por partida doble. En la reproducción de Estados-nación clónicos en Europa oriental, Bernard Henry-Lévy, Samir Amin o Mario Vargas Llosa —por citar sólo a algunos autores— vieron una amenaza al estatismo confortable de valores universales. Y en el fondo, se trataba de una consagración de viejos modelos. Las fronteras se modificaban para mantener el mapa de relaciones políticas, sociales y de pensamiento. Todo se removía; ciertamente, se removía con energía y virulencia, pero con la intención de no cambiar nada sustancial.

Quienes se tomaron la molestia de volver la vista hacia África, advirtieron poco más que una alarmante descomposición del Estado. No detectaron que los africanos estaban a punto de hacer precisamente lo contrario: rescatar aquellos Estados que las potencias europeas habían diseñado, sin prestar demasiada atención a los colores del mapa, hacía cien años atrás. Y se les escapó la magnitud de lo que se incubaba en el sur oscuro y profundo. África había digerido las formas europeas del siglo XIX, y estaba dispuesta a conservarlas, alterando radicalmente su fondo esencial. Robespierre era expulsado, más allá del desierto y del *Mare Nostrum*, hacia la Europa atribulada que le había engendrado. La vía africana nacía con fuerza y convicción, y las mentes preclaras de Occidente no asistían al parto.